

Muriel está haciendo las maletas con la intención de irse a París.

Había comprado por internet el billete para un vuelo que salía esa misma mañana.

Se quedaría en casa de una amiga hasta que pasaran los exámenes, y luego se tomaría unas buenas vacaciones.

Viajaría a un país exótico con su madre y allí reflexionaría sobre su futuro, el cual dependía de la nota que sacara en la oposición.

Le gustaría trabajar en París, vivir en un buen barrio y tener hijos; lo que se dice llevar una vida tranquila.

Estaba claro que aquello no era lo que Manu deseaba.

Al fin, tras haber discutido como nunca hasta entonces lo habían hecho, se había dado cuenta de que no tenían las mismas perspectivas de futuro.

Él era un bohemio que no pensaba ponerse a trabajar en serio por el momento.

Y es que encima tenía valor de decir que se trataba de una cuestión de principios dado que defendía “la huelga humana”.

Él, que siempre había vivido como un rey gracias a ella, ahora le venía con esas después de haber pasado las vacaciones en hoteles de cinco estrellas en montones de países con sus padres.

Lisboa, Venecia, Roma, Praga, Viena, Budapest..., eran algunas de las ciudades que había visitado con su familia, sin contar los cinco años que había vivido a su cuenta en París y uno en Madrid.

Y en lugar de agradecerse, le había soltado que sus padres le parecían unos burgueses aburridos, que cada palabra que pronunciaban resultaba tan falsa que le producía náuseas.

También le había dicho que cuando viajaban lo miraban todo como a través de la vitrina de un escaparate.

¡Qué insolencia!

Y es que en realidad se pasaba la vida protestando y sacándole defectos a todo.

Al menos a partir de ahora iba a poder ponerse vaqueros, y especialmente esos cortitos que llevaban todas las chicas.

Porque él, con su mente retorcida, los consideraba una vejación para las mujeres.

Ella quería ir a la última, por mucho que él se empeñara en que la moda era un modo de someter al género femenino e imponerle tiránicamente un modo de conducta.

Cada vez tenía más claro que el malvado era él, y por eso veía amenazas donde no las había.

A partir de ahora, lo que él pensara ya no le importaba lo más mínimo.

Cuando una relación de pareja se acababa, era de manera definitiva.

Entonces recordaba canciones que afirmaban que el amor no duraba siempre, como una de François Hardy.

Al final iba a resultar cierto que el amor sólo duraba tres años, tal como afirmaba ese escritor francés que a ella le horrorizaba.

En el fondo pensar así tampoco le hacía ningún bien porque había planeado casarse y permanecer toda su vida con el mismo hombre, como su madre.

Aunque por otra parte el divorcio tampoco es ninguna desgracia, se decía.

Pensaba que el propio presidente de su país estaba divorciado y se le veía feliz.

Ella le había votado en contra de la opinión de su novio, que se decía de izquierdas, pero que sin ningún tipo de escrúpulos se había unido a una chica rica, como al parecer también había hecho Marx.

Lógicamente lo que quiere todo el mundo es vivir bien, y lo cierto es que en Francia hay mejores condiciones materiales que aquí, así que me voy.

Modu se encuentra soñando con pasteles de fresa de todas las formas